

ción y valorizarse por los atributos personales, o debe cuidar de una mejor educación estética, filosófica y científica?

**RESPUESTA AL 1er. GRUPO DE PREGUNTAS (DE LAS SIETE):**

Tal vez no conoce la Historia una joven generación que haya nacido con todos los problemas de la existencia, en su más profunda y amplia expresión, resueltos por otra anterior. Ahora bien, antes de tomar posesión del tema cabe preguntarse: ¿cuál es, en qué año, o años nace la nueva generación de América? Creo que una fecha clave para precisar este suceso sería el año 1910, o sea, el primer centenario de nuestros pueblos a la vida independiente. Entonces, con años más o menos vendríamos a ser la generación del primer centenario de América del Sur y Central, como entidad política independiente. Y subrayemos esta palabra *política*, pues hay otras independencias muy importantes: la geográfica, la económica y la cultural. Pues bien, al hacer este distinguo previo, el panorama o mejor dicho problema histórico —en este caso— coge una precisa claridad de amanecer. En efecto, queda establecido con toda nitidez que la generación precedente nos entregó la independencia política en su último proceso de estabilización con la vigencia del sufragio universal. En el ámbito cultural, el siglo XIX fué fecundo, como lo ha sido también el XX en la aclimatación y trasplante de grandes volúmenes, si se nos permite la expresión, de cultura europea al suelo americano. Incluso llegó a darnos corolas autóctonas y fragantes en los planos de la literatura: la gesta o epopeya popular de *Martín Fierro*, por José Hernández; *El Romancero del Guerrillero*, por Antonio Bórquez Solar, en homenaje a Manuel Rodríguez, en Chile; *Tabaré*, por Zorrilla de San Martín en Uruguay y muchas otras obras, aunque las fechas sean algo disímiles.

Ahora bien, los problemas no resueltos por las generaciones que nos han precedido en relación con la independencia geográfica, económica y cultural de América del Sur y Central, constituyen hoy un magno obstáculo para nuestras generaciones del Centenario. En el aspecto geográfico, terrestre, los puertos, caminos, vías fluviales y otros medios de comunicación en el lapso 1910-1930 y, aun en el presente, todavía son incipientes. En cuanto a los aeródromos, ellos constituyen un típico problema del siglo XX y a nosotros nos incumbe su utilización como rutas o vehículos de cultura. Ante este planteamiento, resulta obvio añadir que sin comunicaciones terrestres, marítimas, fluviales, aéreas, etc., no puede existir la mínima base material para un intercambio cultural entre nuestros pueblos y, por ende, una especie de unidad o clima intelectual común que tenga su eje en la misma tierra nuestra. Si bien es cierto que hemos avanzado mucho en el aspecto material de las comunicaciones, desde 1900 adelante, a contrario sensu, hay que tomar en cuenta que el verdadero limbo o laguna que padecieron nuestros países entre 1810 y 1900 en esta faceta, los aisló y separó en forma peligrosa. Mas, las aduanas, los impuestos y el proteccionismo bien o mal entendido, de los más diversos tipos, ha anulado, por otra parte, lo que hemos logrado ganar en el ya señalado aspecto material en cuanto a vías de comunicación en este siglo. He aquí un problema que incumbe resolver a nuestra generación. No sólo resolverlo, sino que perfeccionarlo.



En el aspecto cultural, las barreras con las cuales debe luchar nuestra generación —heredadas, por cierto, a medio resolver, de la anterior— son aún mucho mayores. En un primer plano, tenemos el problema del analfabetismo y el semi-analfabetismo de los trabajadores manuales que, dicho en otros términos, equivale a la casi total despoblación artística y cultural de la América del Sur y del Centro. Esta despoblación llega a cifras espantables en los pueblos en que no se habla español, sino quechua, guaraní, o cualquiera de los múltiples dialectos aztecos. Ante este panorama lingüístico incumbe a nuestra generación resolver, en forma culta y con genio humano, el asunto de las lenguas indias que, por otra parte, es un tema ya resuelto desde el punto de vista tanto teórico como práctico, en otras regiones del globo. En efecto, a estos pueblos se les debe poner en posesión de nuestra cultura y arte, en sus respectivas lenguas. En consecuencia, urge darles alfabeto quechua, guaraní, azteca, etc. Dicho con mayor justeza aún: escritura en nuestro alfabeto. Propiciar otra clase de métodos es destruir su genio nativo y cometer un acto de ignorancia y de barbarie, pues los hechos culturales autóctonos de América, deben ser reconocidos por nuestra generación. Y lo ideal sería que los quechuas peruanos —un día— pudieran leer la *Odisea* de Homero en quechua y en español y algunos también en griego, ¿por qué no? Como es natural, comprendo el asombro y verdadera conmoción cerebral que pueden producir en algunos americanos estos planteamientos tan reales y humanos.

Sin embargo, hay otra tarea íntimamente relacionada con este asunto y que también incumbe a nuestra generación y es la independencia económica de América. La tarea alfabetizadora que pondrá fin a la despoblación cultural de nuestros pueblos ya señalada, la tarea humana de elevar el nivel diario de vida de sus hombres a fin de que tengan una lámpara, un libro, una casa y una familia, no es posible realizarla, si seguimos siendo productores de sudor, es decir, de materias primas a las cuales se les fijan precios bajísimos fuera de nuestro continente y que, después de algunos meses, nos las devuelven convertidas en productos manufacturados de alto costo. Por ello, necesitamos industrialización, necesitamos acero. Nuestros escritores no se dan cuenta que por cada hombre descalzo de América del Sur que extrae materias primas, hay en otras partes del globo obreros felices que andan, incluso en automóvil, y que no podrían tener este bello nivel de vida, si ese hombre nuestro, no andu-

viera descalzo. Por otra parte, esta independencia económica, para verificarse, precisa de que nuestros países sean propietarios de materias primas como el cobre, el hierro, el caucho, el petróleo, etc., etc.

Pretender cimentar un gran arte autóctono americano sin estas realizaciones materiales, no es posible. Sería como esperar cultivar orquídeas al aire libre, en un clima ártico. Y, por idénticas razones, nuestras culturas, en la actualidad carecen de raíces propias o, a lo sumo, son una planta colocada en una maceta. Desgraciadamente, nuestros escritores, como la avestruz, introducen su cabeza en el hueco del primer árbol que hallan a mano, y se dan vuelta en un interminable círculo de palabras y conceptos leídos sin método y no quieren tocar, ni ver, las llagas de la realidad americana. Del mismo modo, la cultura siempre tiene una relación muy íntima con la tierra, con los medios de nutrición de un pueblo, a pesar de que se geste en las grandes ciudades. He aquí por qué América, si anhela tener una cultura definitivamente propia, debe constituir en propietarios o accionistas de las tierras que laboran a una infinidad de campesinos paupérrimos que, por ende, deben ser incorporados a la cultura y a la dignidad humana, mediante una vida noble y feliz. Discriminar estos puntos con serenidad y sin planteamientos apresurados, es la misión de la generación del Centenario de la Independencia en nuestros países.

**RESPUESTA AL 2º GRUPO DE PREGUNTAS**

Es natural que exista desorientación en las actuales generaciones. Es natural que la juventud, por inexperiencia y falta de cultura, sea desorientada, pero no por falta de genio, por falta de rebeldía, más propiamente dicho. En el campo de las ideas hay una desorientación cruel y es en cierto odio a la razón, al pensamiento, que se nota entre ciertos jóvenes que creen estar al día, intelectualmente, y venir de vuelta. La irracionalidad y el pesimismo de Sartre, son una cicuta torpe para un continente joven y pleno de posibilidades. La causa de esto se debe a que nuestra América, en términos generales, todavía no tiene vida intelectual propia y vive mucho de reflejos de una Europa que ha muerto, bajo la batuta de sus crímenes, como ser el asesinato en masa y las cámaras de gases. He aquí una base para el culto de la irracionalidad. Pero hay que tener cuidado con el extremo opuesto, o sea, con aquellas personas que se sienten depositarias de la verdad químicamente pura, de la verdad